

La Epifanía del Dios Niño

Luis Ovando Hernández, S.J.

Hoy como nunca se nos invita a pasar por encima de nuestra rabia, de nuestra impotencia y de nuestros sentimientos de rechazo, y seguir adelante. Para ir más allá del desprecio y de la división, debemos tener el valor de escuchar la voz que nos llamó hijos, con el nacimiento de nuestro hermano Jesús, y tener clara la determinación de vivir nuestra vida de acuerdo a esta verdad.

La navidad se cierra en la mayoría de nuestros hogares con la llegada de los Magos (en otros sectores del país termina con la paradura del Niño). La Iglesia celebra ese día la manifestación de Dios a toda la humanidad. Se trata de una noticia dirigida al mundo entero por medio de una luz que brilla en el corazón de todos aquellos que están en búsqueda de una Buena Noticia para sus vidas.

Para encontrarnos con el Dios que reposa en el pesebre es necesario mirar nuestra historia, tal y como la estamos padeciendo, en actitud de oración y discernimiento para que nuestra 'corazonada' nos ayude a perseverar y a cargar con la realidad, teniendo a Dios por norte.

Una mala noticia para Venezuela: lo que mal empieza...

La actual situación pareciera decirnos que hemos elegido el camino de las tinieblas. De continuar como vamos, a saber, aumentando cada día la ya creciente violencia sociopolítica, la intolerancia de los bandos radicalizados del gobierno y la oposición, la carga que el paro ha impuesto a todos, especialmente a los más pobres y necesitados, y la crisis económica, corremos el riesgo de apagar la luz que se nos dio con el nacimiento del Niño Dios.

Para aquellos sectores que abrigan la idea que se impondrán sobre sus adversarios, les tenemos una mala noticia que nos alcanza a todos los venezolanos: *lo que mal empieza, mal termina*. Mientras sigamos concibiéndonos en términos de vencedores y vencidos, no hacemos sino acelerar el proceso en donde todos terminaremos perdiendo.

Ahora bien, hay que afirmar decididamente que *Dios también sabe sacar cosas buenas de las cosas malas*. Buscamos responder a una pregunta urgente, fruto de la preocupación y el dolor por nuestro país. Se trata de la misma pregunta que se hicieron los Magos: '¿Dónde está el rey

de los judíos que ha nacido?' (Mt 2,2). Esta pregunta cobra mayor relieve entre nosotros al comienzo de este año 2003.

¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?

Los primeros en conocer la respuesta son José y María. El resto de los hombres —y entre ellos nosotros— representados por los Magos, deben hacer un camino guiados por la luz de una estrella, para llegar hasta Jerusalén, y allí informarse 'dónde' nació el Señor. Un deseo los impulsa a ponerse en camino: encontrarse con el Dios que nos salva de nuestros fracasos.

La historia de los Magos nos ha impresionado siempre. Los hemos convertido en 'reyes' (ver Isaías 60,3 y el Salmo 72,10). Su número se ha convertido en 'tres', según los dones que ofrecen al Niño. Se les conoce por Gaspar, Melchor y Baltasar. Su fortuna está relacionada al hecho de que nosotros nos identificamos con ellos. Una vez que Jesús ha nacido, se trata ahora de descubrir 'dónde' lo podemos encontrar.

El Niño Dios está presente, antes que nada, en la *estrella*, que representa el principio de toda búsqueda. Ésta lleva a Jerusalén, o símbolo de la Escritura, que da a conocer en qué dirección buscarlo. La estrella cobra así una nueva luz: la alegría del corazón, en definitiva, indica con precisión 'dónde' se encuentra él. El camino se cumple en el descubrimiento del lugar 'donde' nació el rey, y el rey nace 'donde' se cumple este camino. El dónde del hombre es Dios, para que el dónde de Dios sea el hombre. En este gesto nosotros nacemos en él y él en nosotros. ¡Su donde se convierte en nuestro donde!

Si bien es cierto que nosotros conocemos el lugar material 'donde' ha nacido, no basta. Debemos hacer en primera persona el itinerario de los Magos, con la fatiga de un camino nocturno lleno de fascinación y de

miedo, de deseos y de dudas, de esperanzas e incertidumbres, bajo la guía de una estrella fugaz, que aparece y desaparece.

En el pasaje existe una división dramática que cada uno encuentra dentro de sí mismo: ¿jugamos o no a seguir los deseos más profundos de nuestro corazón? El que se encuentra lejos busca e interroga, y así encuentra y dona con alegría; el que está cerca sabe dónde está el Señor, pero no lo busca, interroga a la Escritura pero no se deja interrogar por ésta, y así buscará matarlo, como Herodes, que quiere asesinarlo, o como los escribas y los sacerdotes, cuyo saber sirve para dar indicaciones a quien lo quiere matar.

Herodes, despótico e inmoral, es el 'rey de Judea', de la tierra que posee; pero no es el 'rey de los judíos', de las personas que allí viven. Herodes tiene todo en sus manos; Jesús se pone en las manos de todos. Aquel será el perseguidor; éste el perseguido, y al final juzgado, torturado y crucificado, siempre como rey. Esta contraposición nos muestra que existen dos maneras opuestas de ser rey: uno poderoso y opresor, el otro humilde y que salva (Mt. 20,24-28). Los Magos buscan al rey de los judíos, no al rey de Judea. En sus casas podían encontrar cosas mejores, ¡y peores!

En el relato, los Magos son vistos como sabios que siguen las indicaciones de la estrella. Mirar las estrellas, sorprenderse ante la inmensidad del cielo e intentar comprenderlo, escrutar el ritmo y la armonía, es el inicio del saber humano. Los Magos, sin embargo, no se contentan con observar la estrella en su aparición, permanencia y desaparición: para ellos la sabiduría consiste en preguntarse qué significa esa señal, ¿adónde los quiere conducir?

La estrella los guía a Jerusalén, centro del pueblo depositario de la promesa y de la Escritura. La salvación, que viene de los judíos (Jn 4,22), es una persona y tiene un nombre: Je-

sús (Mt 1,25). Con la estrella, estamos en presencia de un signo 'teológico'. La estrella, luz en la noche (Sab10,17), guía al hombre hacia una verdad siempre más grande.

Se da inicio así a un durísimo recorrido de búsqueda, sin intercambiar jamás la verdad con las propias certezas. Quien, como Herodes y los escribas, está en el palacio de los propios intereses o en la ciudad de sus persuasiones –incluso justas– no se encontrará con la verdad. Es más, la destruirá, dondequiera se encuentre. Ellos tienen la respuesta exacta. Mueven sus ojos en las Escrituras, pero no mueven sus pies hacia el Señor. Conocen la verdad, pero se encuentran lejos de ella.

El Dios siempre menor

Lo más pequeño es el criterio de la escogencia de Dios, opuesto al de Herodes y al de todo hombre. Es por ello que ninguno de los poderosos y sabios de este mundo pueden reconocerlo (1Cor 2,8). Para encontrar 'dónde' está el Señor, es necesario mirar en la dirección en que él está. Es él 'el más pequeño entre los hermanos' (Cf. 25,40. 45). La estrella da a los Magos nuevos criterios de valoración, los mismos de Dios, para que puedan encontrarse con él en el Niño.

El rey de Judea usará para sus planes tanto la ciencia 'indiferente' de los escribas como la sabiduría 'comprometida' de los Magos, convirtiéndolos así en sus emisarios. El mal puede considerar siempre a su servicio a los 'indiferentes', y hacer de los 'comprometidos' sus aliados más peligrosos. Los Magos, lo sabemos, no se prestarán a este malévolo juego gracias al sueño de Dios, que influye en la historia mucho más que el poder del poderoso, y lo burla.

El encuentro de los Magos con el Dios menor se da en el marco del amor; en Belén la alegría es su perfume, signo de la presencia. Donde está Dios, hay alegría. La alegría es

comunicada a todo aquel que ama, a quien descubre el tesoro (Mt. 13,44). La alegría del corazón indica dónde está aquel al que se busca: aquel que ya estaba presente en el camino, como deseo y tensión, ahora se hace presente en la alegría del corazón, se ofrece como paz. Se encuentran finalmente con el Rey. ¿Dónde no está el niño sino en el corazón de aquel que lo ama, lo escucha y se alegra con él?

Para los Magos se detiene el camino exterior. Ha llegado el momento de abrir sus tesoros (el 'tesoro', en Mateo, es el corazón del hombre. *Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón*: 6,21; 12,35; 19,21). Los Magos abren sus corazones y ofrecen lo que contienen: El oro, representa lo que uno posee; el incienso, lo que uno desea; la mirra, que cura las heridas y preserva de la corrupción, representa lo que uno es. El hombre le abre a Dios sus pertenencias, sus deseos y sus penurias. Y Dios entra en estos tesoros. La carne de nuestro corazón es para él madre. Dando aquello que son, los Magos reciben a aquel que es, y se convierten ellos mismos similares a él. Dios nace en el hombre, y el hombre en Dios. Aquí se cumple el camino.

Una vez encontrado a aquel que buscaban, los Magos vuelven a su lugar de origen. De hecho, no son más los que eran antes; han encontrado dónde ha nacido el rey. Tienen consigo un nuevo cielo y una nueva tierra, semilla que llevarán dondequiera que vayan. Ellos tendrán que dar testimonio de lo vivido, convirtiéndose así en estrella para los demás.

Una Buena Noticia para Venezuela

La Buena Nueva para nosotros es que Jesús, el Niño Rey, tal y como lo trataron los Magos, ha nacido también en Venezuela, y quiere reinar para siempre en nuestro país y en nuestros corazones. Lo que recibió como regalo, es lo que comparte con nosotros. Cuando Dios apa-